

LA ACERA DEL LOUVRE

Por Luis Bay Sevilla.

D.M. marzo 13/47

CONTINUANDO nuestra narración sobre «La Acera del Louvre», diremos que muy próximo a la calle de San Miguel, existían tres casas de dos plantas marcadas con los números 112, 114 y 116, ocupando la planta alta de una de ellas la familia de don Juan Toraya, y naciendo en ella en el año 1875, Luis, hermano de «Pepe» Toraya, que fué el arquitecto que reedificó el edificio del Hotel Inglaterra, construyéndole los portales, y situando su entrada principal por la calle del Prado, en el lugar donde se encuentra en la actualidad.

En aquellos lejanos días, las tres plantas de estas casas y las bajas de las marcadas con los 114 y 116, estaban ocupadas por familias, cuyos nombres, a excepción de la de los Toraya, no hemos podido conocer. La planta baja de la número 112, que era la del chaflán, tenía una sola puerta frente a la calle del Prado y estaba ocupada por el almacén de azúcar de don Manuel de Udaeta, que en el año 1880 se encontraba allí todavía. Después estuvo en esta casa una Academia, dirigida por don Juan B. Valdés. Primitivamente estuvo allí la fábrica de billares de Nadal.

Es curiosa la transformación de que fueron objeto estas tres casas en pocos años, pues, poco antes del 1880, se estableció en el zaguán de la 114 una barbería de la que en el año 1887 era propietario don Dionisio Quintero. En 1880, la planta alta de la 112 la ocupaban una sociedad y una casa de huéspedes, instalándose en ella en 1885 el Hotel Americano. Entre los años 1886 al 88, se establecieron en estas casas el Café Hispano Americano y más tarde El Continental, en los bajos de la 116, instalándose en la planta alta de la misma y en la del número 114 el Hotel Telégrafo, situándose el restaurant de este nombre en la planta baja de esta última casa, que ocuparon después los Helados de París. Poco tiempo después, el Hotel Telégrafo amplió su negocio, ocupando además los altos de la 112, donde estaba establecido el Hotel Americano.

En el año 1889, los Helados de París y el restaurant del Telégrafo eran de la propiedad de la razón social Fernández, González y Compañía, personas que aunque nacidas en Galicia, les llamaban los amigos los negritos. Estos tres socios fueron los propietarios del Hotel Telégrafo, que entonces lo tenían establecido en un edificio de la calle de Amistad frente al Campo de Marte, trasladándolo para esta casa de la calle del Prado en la fecha citada anteriormente.

Por los años 1889 al 90, en la planta baja de la casa marcada con el 112, donde existía la Academia de Juan B. Valdés, estuvo un café de la propiedad de don Eusebio Alvarez. El almacén de azúcar de Udaeta permaneció en la casa número 112 hasta el año 1880, sin que hayamos podido conocer quién o quiénes ocuparon esta casa hasta 1890, como ignoramos también por qué motivo desapare-

ció de allí el restaurant del Hotel Telégrafo, para dejar instalado en ese local, en el propio año 1890, los Helados de París.

El café que era de don Eusebio Alvarez se llamaba entonces Café Nadal, nombre que se le dió por haber ocupado la casa donde estuvo la fábrica de billares de Nadal. Este café fué el mismo que después perteneció a Mateo Alvarez y que era muy frecuentado por noctámbulos y gente del hampa en los finales del pasado siglo y primeros años del actual.

A este Mateo Alvarez lo popularizó chistosamente don Eugenio Santa Cruz, en una obrita teatral que escribiera especialmente para una fiesta de caridad celebrada en el Teatro de Tacón, en la noche del 5 de abril del año 1899 en favor del Hospital mambí establecido en la finca Ofelia, tomando parte en la representación el propio Eugenio Santa Cruz, Gonzalo de Cárdenas, Villita, Gustavo Robreño, Tito Ruenes y Alberto Guilló, todos «muchachos de la Acera del Louvre». Con ellos actuó aquella noche la que era ya aplaudida actriz del teatro cubano Blanquita Vázquez, que años después contrajo matrimonio con el también artista Raúl del Monte. Por su desinterés, cooperando gratuitamente al mejor éxito de esta función, los «muchachos de la Acera» le regalaron un magnífico cofre de plata que tenía grabada en su tapa la siguiente inscripción: «A Blanquita. Los muchachos de la Acera del Louvre. 5-4-99». Este cofre, años des-

pués, fué a parar a manos de mi querido amigo el señor Arturo Lavín, que lo conserva complacidamente, como un amable recuerdo de sus años juveniles, pues Arturo fué también uno de los que integraban el grupo exclusivo de la Acera del Louvre, que constituye, a nuestro juicio, la segunda época de la Acera, que se inicia al terminar la Guerra de Independencia y termina cuando la política logró desfigurar el espíritu de camaradería que allí predominaba, iniciándose en este momento la tercera época, que es la actual.

En el año 1895 doña Pilar Somoano y su marido don Guillermo del Toro, compraron el Hotel Telégrafo, los Helados de París y el café El Continental, reconstruyendo y adaptando estos tres edificios para convertirlos en uno solo, adicionándole una planta más y construyéndole el portal cubierto que tiene el edificio por sus frentes de la calle del Prado y San Miguel, obras que se ejecutaron durante el período del doctor Juan Ramón O-Farrill, que sustituyó en la Alcaldía de La Habana al doctor Carlos de la Torre y Huerta, que había renunciado al cargo. Estas obras tuvieron un valor que excedió de la cantidad de cincuenta mil pesos. El inmueble era entonces de la propiedad del banquero Bances, y doña Pilar y su marido lograron de éste un contrato por diez años a cambio de las obras que iban a realizar.

delegado

TRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

Con la ejecución de estos trabajos, desaparecieron el café Nadal y el almacén de viveres La Vizcaina, que hacía muchos años se encontraban allí establecidos.

Doña Pilar y don Guillermo tuvieron una sola hija, nombrada Pilarina, que contrajo matrimonio con el actor cómico Antonio Fiquer, que vino a Cuba en una compañía de zarzuela que actuó en el Teatro Albisu, situado en aquellos días en los bajos del Centro Asturiano, con frente a la calle de San Rafael, y que desapareció cuando un gran incendio redujo a cenizas el edificio social de los asturianos, al incendiarse una cinta cinematográfica de una película que estaban pasando por la pantalla en el citado teatro, desapareciendo la magnífica Biblioteca del Centro Asturiano, que era una de las mejores de asuntos cubanos que existían en la capital y que ha logrado rehacer nuevamente, convirtiéndola en una de las mejores de Cuba.

Doña Pilar, a quien hemos tenido el placer de saludar hace pocos días, cuenta en la actualidad 88 años de edad, y se encuentra en magnífico estado de salud, fuerte, saludable y feliz, viviendo rodeada de su hija, nietos y biznietos, confiada, y así también lo deseamos nosotros, en que pueda besar a los tataranietos. Sería preciso un libro para escribir la vida de esta esforzada mujer, que tan ligada estuvo y tanto estimaba a los «muchachos» de la Acera del Louvre de su época, a pesar de las diabluras que constantemente les hacían.

Por los años 1911 al 12, doña Pilar y don Guillermo vendieron su Hotel y Restaurant Telégrafo a un catalán cuyo nombre no recordamos en este momento. Y, poco tiempo después, éste traspasaba en negocio a «Juanón» López y Manuel

Frutos, cocinero y encargado, respectivamente, que habían sido del restaurant «El Cosmopolita», quienes llevaron consigo a Fonseca, aquel magnífico dependiente que era una positiva institución de la Acera del Louvre. El gerente Frutos vendió su parte a un señor de apellido Vallina, persona que desconocía el negocio, quien estuvo allí hasta que su socio y él decidieron vender la casa a los dependientes del restaurant nombrados Castro, Carmona, Suárez, Máximo Baldomero y Riera, quienes en el primer año, administrando bien el negocio, ganaron más de cien mil pesos. Pero después, el negocio fué mal y al cabo tuvieron que cerrar la casa.

Durante la primera Guerra Mundial iniciada en el año 1914, cuando Cuba no se había adherido a la misma, la orquesta del Telégrafo acostumbrada a ejecutar con frecuencia los himnos de las naciones aliadas, himnos éstos que oían sin ponerse de pie varios alemanes muy conocidos en La Habana, por las relaciones que mantenían con la buena sociedad habanera, alegando ellos que su actitud estaba justificada puesto que los himnos eran de países que estaban en guerra con Alemania. Este estado de cosas causaba cierto malestar entre los pa-

rruquianos, que eran en su mayoría simpatizadores de Francia y de Inglaterra, de tal modo, que una noche se originó allí fuerte protesta, iniciada por don Rafael Arozarena, que fué el contratista de las obras del actual Palacio Presidencial, obligando a los alemanes a no concurrir más al Hotel Telégrafo. Este suceso alejó de aquella casa a los asiduos concurrentes, obligando esta actitud a los propietarios del establecimiento, que fueron incluidos en la «lista negra», a vender la casa a los dependientes, según decimos anteriormente.

En el año 1890 el Salón Brunet o Café de Tacón, como indistintamente se le conocía, era de la propiedad de Miguel Brunet, heredero de don José Brunet, su fundador. Por esta época y en horas de la noche, se ofrecían allí magníficos conciertos por la orquesta del establecimiento, los que se veían muy concurridos.

En el año 1895 compró el Café Tacón don Felipe González, que había sido dueño del restaurant Los Dos Hermanos, situado en Sol y San Pedro, ocupando con sus hijos, todos muy jóvenes, los entresuelos del costado derecho del Teatro Tacón. En los del costado izquierdo estaban instalados unos billares de la propiedad de Felipe Torres. Al lado derecho del Teatro, recordamos por esta fecha (1895) estaba el almacén del café, destacándose en la fachada un gran anuncio del vino denominado «Ojo de Gallo». El primer salón cinematográfico que existió en La Habana tuvo el nombre de «Lumiere» y se instaló junto al teatro, al lado del edificio donde estuvo durante muchos años el cuartelillo de Bomberos del Comercio. En 1901 don Felipe, al comprar el Hotel Inglaterra, vendió este café. Y en 1913 el arquitecto José F. Toraya construyó en este terreno el Palacio del Centro Gallego con su Gran Teatro Nacional, que inauguró Enrique Caruso en el año 1915.

*Don Juanón López y Manuel Frutos*



Interesante grupo fotográfico tomado en el año 1893 cuando se ejecutaban las obras para la construcción de los portales del Hotel Inglaterra. Aparecen en la foto, sentados, de izquierda a derecha: Miguel de Cárdenas, a quien los «Muchachos» decían «Comején»; Ramón La Villa, Pelayo Fabián, Miguel Torriente, Hernández Catá, Felipe Romero, Gabrielito de Cárdenas, Mario Mendive y Domingo del Monte. De pie: Pablo Mazorra, Manuel José Morán, Pedro Mazorra, Raúl Kay, Miguel de Cárdenas, Eugenio de Santa Cruz; Emilio Bolívar, Pepe Jerez, Nicolás del Pozo, «Paco» Silva; un alemán a quien decían «Ratica» y Carlitos Maciá. De este grupo, el único superviviente es Emilio Bolívar.



Curiosa fotografía del Teatro de Tacón tomada en el año 1878. Vemos a la izquierda el café «Los Voluntarios»; una tabaquería y la Escuela de Tiro al blanco que existía junto al Teatro. En primer término se destaca el Paseo del Prado, con los lagunatos que se formaban frente al Teatro a causa del abandono en que se tenían entonces las calles de La Habana.